

BIBLIOTECA APOLO

POESIAS

JULIO FLOREZ

(Estas poesías se publican con la autorización de la señora viuda de don Julio Flórez).

La araña

Entre las hojas de laurel, marchitas,
de la corona vieja,
que en lo alto de mi lecho suspendida,
un triunfo, no alcanzado, me recuerda,
una araña ha formado
su lóbrega vivienda
con hilos tembladores
más blandos que la seda,
donde aguarda a las moscas,
haciendo centinela,
a las moscas incautas
que allí prisión encuentran
y que la araña chupa
con ansiedad suprema.

He querido matarla:
mas.... ¡imposible! al verla

con sus patas peludas
y su cabeza negra,
la compasión invade
mi corazón, y aquella
criatura vil, entonces,
como si comprendiera
mi pensamiento, avanza
sin temor, se me acerca
como queriendo darme
las gracias, y se eleja
después, a su escondite,
desde el cual me contempla.

¡Bien sabe que la odio
por lo horrible y perversa;
y que me alegraría
si la encontrase muerta;
mas ya de mí no huye,
y ante mis ojos tiembla;
un leal enemigo
quizás me juzga y piensa
al ver que la ventaja
es mía, por la fuerza,
que no extinguió nunca
su mísera existencia!

¡En los días amargos
en que gano, y los quejas
de mis labios se escapan
en forma de blasfemias,
alzo los tristes ojos
a mi corona vieja,
y encuentro allí la araña,
la misma araña fea,

con sus patas peludas
y su cabeza negra,
como oyendo las frases
que en mi boca aletean!

En las noches sombrías,
cuando todas mis penas
como negros vampiros
sobre mi lecho vuelan;
cuando el insomnio pinta
las moradas ojeras
y las rojizas manchas
en mi faz macilenta,
me parece que baja
la araña de su celda,
y camina.... y camina....
y camina sin tregua
por mi semblante mustio
hasta que el alba llega.

¿Es compasiva? ¿Es mala?
¿Indiferente? Vela
mi sueño y, cuando escribo,
silenciosa me observa.
¿Me compadece acaso?
¿De mi dolor se alegra?
Dime quién eres, ¡monstruo!
¿En tu cuerpo se alojera
un espíritu? Dime:
¿eres alma de aquella
mujer que me persigue
todavía, aunque muerta?
¿La que mató mi dicha
y me inundó en tristeza?

Díme: ¿acaso dejaste
la vibradora selva,
donde enredar solfas
tus plateadas hebras
en las oscuras ramas
de las frondosas ceibas,
por venir a mi alcoba,
en el misterio envuelta,
como una envidia muda,
como una viva mueca?

¡Te hablo y tú nada dices,
te hablo y no me contestas!
¡Aparta, monstruo, huye
otra vez a tu celda!

¡Quizá mañana mismo,
cuando en mi lecho muera,
cuando la ardiente sangre
se cuaje entre mis venas
y mis ojos se enturbien,
tú, alimaña siniestra,
bajarás silenciosa
y en mi oscura melena
formarás otro asilo,
formarás otra tela,
sólo por perseguirme
hasta la misma huesa!

¡Qué importa!... Nos odiamos;
pero escúcha: ¡No temas,
no temas por tu vida,
es tuya toda, entera!
¡Jamás romperé el hilo

de tu muda existencial
¡Sigue viviendo, sigue;
pero oculta en tu cueval
¡No salgas! ¡No me mires!
¡No escuches más mis quejas,
ni me muestres tus patas
ni tu cabeza negra!...
¡Sigue viviendo, sigue,
inmunda compañera,
entre las hojas de laurel marchitas,
de la corona vieja,
que en lo alto de mi lecho suspendida,
un triunfo no alcanzado me recuerda!

La gran tristeza

Una inmensa agua gris, inmóvil, muerta,
sobre un lúgubre páramo tendida;
a trechos, de algas lividas cubierta,
ni un árbol, ni una flor, todo sin vida,
¡todo sin alma en la extensión desierta!

Un punto blanco sobre el agua muda,
sobre aquella agua de esplendor desnuda
se ve brillar en el confín lejano:
es una garza inconsolable, viuda,
que emerge como un lirio del pantano.

Entre aquella agua, y en lo más distante,
esa ave taciturna ¿en qué medita?
¡No ha sacudido el ala un solo instante,
y allí parece un vivo interrogante
que interroga a la bóveda infinita!

Ave triste, respónde: ¿Alguna tarde
en que rasgabas el azul de enero
con tu amante feliz, haciendo alarde
de tu blancura, el cazador cobarde
hirió de muerte al dulce compañero?

¿O fue que al pie del saucedal frondoso,
donde con él soñabas y dormías,
al recio empuje de huracán furioso,
rodó en las sombras el alado esposo
sobre las secas hojarascas frías?

¿O fue que huyó el ingrato, abandonando
nido y amor, por otras compañeras,
y tú, cansada de buscarlo, amando
como siempre, lo esperas sollozando,
o, perdida la fe.... ya no lo esperas?

Dime: ¿Bajo la nada de los cielos,
alguna noche la tormenta impía
cayó sobre el juncal, y entre los velos
de la niebla, sin vida, tus polluelos
flotaron sobre el agua.... al otro día?

¿Por qué ocultas ahora la cabeza
en el rincón del ala entumecida?
¡Oh, cuán solos estamos!.... Ve, ya empieza
a anochecer. ¡Qué igual es nuestra vida!....
¡Nuestra desolación!.... ¡Nuestra tristeza!....

¿Por qué callas? La tarde espira, llueve,
y la lluvia tenaz deslustra y moja
tu acolchado plumón de raso y nieve.
¡Hué! ¡vano soy! ¡La garza no se mueve....
y el sol ha muerto entre su fragua roja!

En la barca

¡No hables esta noche; sólo ansío
que me beses y abracés con locura;
que se junte tu labio con el mío;
que mis brazos opriman tu cintura
y que cierres los ojos.... tenge friol

No hables esta noche ¡oh, mi adorada!
¡Yo sólo quiero en medio del reposo,
el ardor de tu carne sonrosada,
el roce de tu mano delicada
y el ámbar de tu aliento capitoso!

¡Así!... ¡junto mi cuerpo con el tuyo!...
¡Así!... ¡tiemblo, mujer como la ola
que riza el viento!... Mirar: oscura y sola
está la noche.... Mirar: ni un cocuyo
nos alumbrá.... no me hables.... ¡Lola.... Lola!...

.....

¡Háblame ya; no más.... abre los ojos...
y vosotras pasad, horas tranquilas,
mientras *ella* revive mis antojos,
como el murmullo de sus labios rojos
y con el fuego azul de sus pupilas!

Al Mar Caribe

«¡Aquí estás, a mis plantas, tembloroso,
tendida al ronco viento la melena
blanca y azul; tu aliento de coloso
alza hasta mí la movediza arena!

¡Y te oigo respirar, monstruo gigante,
que a los siglos atado te estremeces
con estremecimientos de bacante!

¡Ya que al fin a mis ojos apareces,
inmensamente triste,
con tus espumas blancas y tus olas
que de púrpura y oro el sol revista,
voy a contarte mi secreto a solas!»

¡Así le dije al mar y con sentida
voz, le conté el desastre de mi vida!

Y al conocer mi negra desventura,
—«¡Hombre! exclamó con doloroso acento—
¡Soy grande! ¡Pero más es tu tormento!
¡Soy hondo! ¡Pero más es tu amargura!»

¡Y en el propio momento,
en que bajaba la tiniebla oscura
y yo... como un espectro me alejaba,
a merced de una ráfaga de viento,
me pareció que el monstruo... sollozaba!

¡Abandonado!

Solo, como un espectro por el mundo
 iba, cuando me hallaste y me dijiste:
 «Refúgiate en mis brazos, hombre triste!
 ¡Soy tuya!... ¡Soñador meditabundo!»

Y fuiste mía: sin embargo hoy hundo
 la frente en la almohada en que pusiste
 tu cabecita núbil... y en que oíste
 la serenata de mi amor profundo;

y ya no estás allí... ¡La marejada
 del mal, con golpe aleve y tremebundo
 te arrojó al lupanar... ¡desventurada!

Y hoy, mientras haces tu comercio inmundo,
 yo prosigo como antes mi jornada:
 ¡Solo, como un espectro por el mundo!

AUN

Mil veces me engañó; más de mil veces
 abrió en mi corazón sangrienta herida;
 de los celos, la copa desabrida,
 me hizo beber hasta agotar las heces.

Fue en mi vida, con todos sus dobleces,
 la causa de mi angustia, no extinguida,
 aunque, ¡pobre de mí! toda la vida
 su meritorio amor... pagué con creces.

Los tiempos han pasado; ya su boca
no me da sus caricias, no me abraza
el fuego de sus ósculos de loca;

ly sin embargo mi pasión persiste....
pues, cuando a veces por mi senda pasa,
me alejo mudo.... y cabizbajo.... y triste!

Idilio eterno

Ruge el mar, y se entresaca, y se agiganta;
la luna, ave de luz, prepara el vuelo,
y en el momento en que la luz levanta
da un beso al mar y se remonta al cielo.

¡Y aquel monstruo indomable que respira
tempestades, y sube y baja y crece,
al sentir aquel ósculo, suspira....
y en su cárcel de rocas.... se estremece!

Hace siglos de siglos que, de lejos,
tiemblan de amor en noches estivales,
ella le da sus limpidos reflejos,
él le ofrece sus perlas y corales.

Con orgullo se expresan sus amores
estos viejos amantes afligidos:
ella le dice «¡te amo!» en sus fulgores,
y él prorrumpe «¡te adoro!» en sus rugidos.

Ella lo aduerme con su lumbre pura
y el mar la bruñe con su eterno grito,
y le cuenta su afán y su amargura,
con una voz que truena en lo infinito.

Ella, pálida y triste, lo oye y sube,
le habla de amor en su celeste idioma

y, velando la faz tras de la nube,
le oculta el duelo que a su frente asoma.

Comprende que su amor es imposible,
que el mar la copia en su convulso seno,
y se contempla en el cristal movable
del monstruo azul, donde retumba el trueno.

Y, al descender tras de la sierra fría,
le grita al mar: «¡En tu fulgor me abrasol
No descendas tan pronto, ¡estrella mía!
estrella de mi amor, ¡detén el pasol!

¡Un instantel.... ¡mitiga mi amargura,
ya que en tu lumbre sidetal me bañas!
¡No te alejes!.... ¿No ves tu imagen pura
brillar en el azul de mis entrañas?»

Y ella exclama, en su loco desvarío:
«¡Por doquiera la muerte me circunda!
¡Detenerme no puedo, monstruo mío!
¡Compadéce a tu pobre monbuada!

¡Mi último beso de pasión te envío;
mi postrer lampo a tu semblante junta!....
Y en las hondas tinieblas del vacío,
hecha cadáver, se desploma al punto.

Entonce el mar, de un polo al otro polo,
al encrespar sus olas planideras,
inmenso, triste, desvalido y solo,
cubre con sus sollozos las riberas.

Y al contemplar los luminosos rastros
del alba luna en el oscuro velo,

tiemblan, de envidia y de dolor, los astros
en la profunda soledad del cielo.

¡Todo calla!... ¡El mar duerme, y no importuna
con sus gritos salvajes de reproche,
y sueña que se besa con la luna
en el tálamo negro de la noche!

Himno a la aurora

¡Celestial mariposa
de alas tenues y grandes
teñidas de oro y rosa:
tú, que en el amplio cielo,
tras del enorme bosque de los Andes
alzas el blando y luminoso vuelo!

¿De qué jardín sublime
vienes, divina mariposa? Díme:
¿con qué sidéreo broche
libas la miel que te alimenta? ¿Acaso
tus luengas alas de luciente raso
batiste en los jardines de la noche?

¿En qué flores de luces infinitas
saciate tus anhelos?
¿Talvez en las radiantes margaritas
que se abren en los surcos de los cielos?

Ya que los horizontes
llenas de luz y galas
y derramas en mar, valles y montes,
todo el dorado polvo de tus alas....

¡Celestial mariposa!

¡Ven y tus remos en mis sienes posa;
desciende al pobre mundo
de tu vergel profundo,
antes de que en los giros de tus vuelos
te quemes en la antorcha de los cielos!

Mi tumba

¡Cuando yo expire, a la empinada sierra
transportad mi cadáver y en la cumbre,
no lo arrojéis debajo de la tierra,
sino encima.... del sol bajo la lumbre!

Donde me cante el impetuoso viento
sus largos de profundis y mi caja
mortuoria sea un risco, y el firmamento
mi capilla y la nieve mi mortaja.

¡En donde para honrar el mustio rastro
de lo que fui, cuando en la vida estuve,
tenga por cirio funeral, un astro,
y por incienso místico, una nube!

¡Donde para que rabien los humanos,
que arrastran sus envidias por el suelo,
me devoren, en vez de los gusanos,
los buitres y las águilas del cielo!

De cabeza

Va cayendo, cayendo en el abismo
de la noche sin fin, el ángel reo;
del espacio profundo en el mutismo
se escucha su satánico aleteo.

Nada detiene al trágico querube
en su descenso del eterno día;
¡nada!... ¡nada!... ¡ni un astro, ni una nubes!
¡sola siempre la bóveda vacía!

Los siglos, al pasar, y los milenios
secaron en su mente el fuego sacro;
mas lleva de su cráneo entre los senos,
de su vil rebelión, el simulacro.

Por eso, al traspasar los universos,
como agitado por feroz instinto,
con el torvo mirar de los perversos,
torna los ojos al edén extinto.

Y amenaza los cielos y los mundos
su recia mano que la rabia chispa,
y salta de sus ojos furibundos
del odio insano la incendiaria chispa.

¡Mas nada altera su caída, nada,
y en medio de la sombra, el gran proscrito,
con la cabeza formidable horada
la silenciosa paz del infante!

Silencio santo

Trepaba el dulce Redentor la cumbre
del Golgota, agobiado por el peso
de la infamante cruz.

La tauchedumbre
le cercaba.

De pronto sonó un beso
en el semblante livido del Justo,
y el que le dio aquel beso así le dijo:

el Nazareno: «Augusto
Señor; si está en tu mano,
(pues eres de Dios hijo),
secar el océano

y convertir la tierra en humo vano,
¿por qué no calmas tu pesar prolijo?
¿En dónde están tus rayos y tus truenos,
que sobre tantos miseros rayones
no arrojás? Sus malvados corazones,
más que de ira, de ignorancia llenos,
¿por qué no arrancas o los tornas buenos?
¿A qué el dolor que enerva y asesina?»

Y el Cristo, esa blancura ensangrentada,
que todas nuestras almas ilumina,
como un muerto calló.

¡No dijo nada!

Deshielo

¡Nunca mayor inquietud se vio en la muerte;
ni frío más glacial que el de esa mano
que tú alargaste al expirar en vano,
y que cayó en las sábanas, inerte.

¡Ah.... yo no estaba allí! ¡Mi aciaga suerte,
no quiso que en el trance soberano,
cuando tú entrabas en el hondo arcano,
yo pudiera estrecharte.... y retenerte!

¡Al llegar, me atrajeron tus despojos;
cogí esa mano espiritual y breve
y la junté a mis labios y a mis ojos!....

¡Y en ella, al ver mi llanto que corría,
pensé que aquella mano, hecha de nieve,
de mi boca al calor.... se derretía!

Resurrecciones

Algo se muere en mí todos los días;
la hora que se aleja me arrebató,
del tiempo en la insonora catarata,
salud, amor, ensueños y alegrías.

Al evocar las ilusiones más,
pienso: «¡Yo, no soy yo!» ¿Por qué, insensata,
la misma vida con su soplo mata
mi antiguo sér, tras lentas agonías?

¡Soy un extraño ante mis propios ojos,

un nuevo soñador, un peregrino
que ayer pisaba flores y hoy... abrojos!
¡Y en todo instante es tal mi desconcierto,
que ante mi muerte próxima imagino
que muchas veces en la vida... he muerto!

En el salón

En tu melena, de la noche habita,
temblaba una opulenta margarita,
como un astro fragante entre la sombra:
de pronto, con tristeza,
doblaste la cabeza
y rodó la alta flor sobre la alfombra.

Sin verla, diate un paso
y la flor destrozaste blandamente
con tu escarpín de refulgente raso.

Yo, que aquello miraba, de repente,
con angustia infinito,
al ver que la tortura deliciosa
se alargaba de aquella flor hermosa,
con voz que estrangulaba mi garganta
dije a la flor ya exánime y marchita:
«Quién fuera tú... dichosa margarita,
para morir así... bajo su planta!»

En el cementerio

Cuando todos se alejaron de la blanca tumba aquella,
donde sola, muda y fría,
se quedaba ella... ¡ella!
La adorada muerta ¡mía!

Al ver toda su hermosura
para siempre desligada
de mi vida
y escondida
en la callada
sepultura,

con terrible voz, que aún oigo, grité: *¡Muerte despiadada!
Dime: ¿toda su belleza tomaráse en polvo? Dime:
(para el ser que implora y gime,
al final qué queda entonces de esta trágica jornada?*

Pero nadie respondió;
sólo el eco repeta
el final de aquella frase: ¡Nada!... ¡Nada!... ¡Nada!... ¡Nada!

A mi madre

Todavía el dolor ara en su frente;
se humedecen sus ojos todavía;
sus ojos bajan donde también el día
radió como en las cumbres del oriente.

Huyen las tempestades de mi mente
cuando los dedos de su mano tibia,
se hunden, temblando, en la melena rala
y amorosa la onzan blandamente.

Ella es el astro de mi noche eterna;
su limpia luz, en mi interior, se expande,
como el lampo del sol en la caverna.

¡Yo la adoro!... ¡La adoro sin medida,
con un amor como ninguno, grande,
grandel.... ¡A pesar de que me dio la vida!

¡Lejos!

De cuándo en cuándo un hálito de fuego
llega hasta mí y el corazón me «brasa»;
quoma mi frente pensativa y para
como un aroma por mis labios, luégo.

¡Pierde entonces mi espíritu el sosiego
y huye de mí... los ámbitos traspasa
y llega hasta la vejea de tu casa
donde escuché al partir... tu último ruego!

Aquel «¡No me abandones!» que dijiste
con tus labios pegados a mi boca,
la postrera mañana en que me viste.

¡Y lleno de dolor, comprendo al punto,
que «quel hálito ardiente que me toca,
es el «sima de aquel... beato difunto!»

En Cartagena de Indias

Dijo la ola al murallón:— ¡Hermano,
tres siglos ha que te golpeo en vano,
sin que tú nunca de impedirlo trates;
tres siglos, sobre el mundo y bajo el cielo,
que con mi amarga espuma te flagelo,
pero tú, ni te quejas, ni te abates!...

Y dijo el murallón con voz arcana:
— Flagela más, flagela más, hermana,
flagela más... tu empeño no me atredra;
que si tienes vigor y es tu destino
azotarme, lunosa de continuo,
¿qué me importa? ¡yo soy valla de piedra!

Yo, que esto oía en medio de la noche,
con mi voz más profunda de reproche
exclamé, presa de mortal fatiga:
¡Ay! quién tuviera el corazón tan duro
como ese inmóvil y paciente muro,
¡para retar al mal que me fatiga!...

NINA

Qué sola estás en la candente orilla
del mar mientras mi barca huye del puerto.
La rosa virginal de tu mejilla,
más que rosa, parece un lirio muerto
bajo la seda azul de tu sombrilla.

como si modelada en hielo,
tu faz, inmóvil ante el muriente día.
Secas tus ojos —de color de cielo—
alzas la frente... escritas la bñña,
y me mandas tu adiós con tu pañuelo.

¡Mi barca, más se aleja! Casi extinta,
la tarde llora al sol que, aunque muriendo,
con luz de oro su mortaja pinta.
La noche avanza, sobre el mar tremendo
¡como una negra inundación de tintal!

La gran voz del océano, resuena
como una imprecación larga y profunda
en la medrosa lejanía... y llena
la noche de pavor; ¡noche serna,
que el corazón, de languidez me inunda!

Véspero parpsdea. Ni una nube
empaña el vasto azul del firmamento

Blandamente, la luna, sube, sube,
cual si Dios la impulsase con su aliento,
o la empujase el soplo somnolento
de las trémulas alas de un querubel

Ni una menuda ráfaga de viento
arruga el raso gris de la bahía.
Mi barca rosa, al alejarse, apenas,
la transparente superficie fría
del mar que, aletargado, ise desmaya
en su lecho de rocas y de arenas!

Por la brumosa playa
cruzar veo una sombra.... ¿eres tú.... Nina?
hace sólo una hora
que te dí el primer beso
y el último tal vez.... Aún me domina
la vibrante emoción subyugadora
que sentí, al despedirme, cuando impreso
dejé en tu boca pálida y divina
aquél ósculo cálido....

¿Quién llora
en la playa desierta? ¿eres tú.... Nina?
¿tú qué piensas ahora,
desconsolada, acaso,
que jamás volveré?... ¿dudas?... ¿no oíste
que, ante el sol que moría en el ocaso
esta tarde, al partir, lloroso y triste,
juré mil veces refrenar el paso,
pronto, cerca de tí?

Mientras se aleja,
raudo, mi esquife, allá en la silenciosa
orilla en donde estás, ¡Oigo una quejal

¿Eres tú.... Nina? ¡Perfumada rosa
en tu cáliz, mi espíritu te deja
un rocío de lágrimas!

Se inclina
mi barca.... soplo el viento....
Una blanca,
como un gajo de lirios, grácil, pura,
tiembla entre playa y cielo:
¿es una ave marina?
¿una gaviota que sacude el vuelo?
¿es tu pañuelo.... Nina?
sí, Nina, ¡adiós! ¡adiós! ¡Es tu pañuelo!

¡Qué miro! El huracán la playa azota,
y arranca de tu mano el lino
que vuela como un pájaro marino
hacia mi barca, que en la espuma flota
del mar, ¡sobre el undoso torbellino!

Y, ¡oh milagro! a mí llega:
y es el ronco huracán quien me lo entrega,
¡húmedo aún por tu amoroso llanto!

Una nube de lágrimas me ciega....
y esa nube de lágrimas, en tanto
que oigo, a merced del soplo, que me nombras,
en larga lluvia tu pañuelo anega;
mientras entre los pliegues de las sombras,
¡el huracán sus imperus sosiega!
Mas.... no veo ya ¡Voces arcanas
resuenan en olas!....
¡Nina, Estrella!

Si están brillando todas tus hermanas,
(por qué te ocultas tú, tú, la más bella?)

.....

Hoy que están separadas nuestras vidas,
para siempre quizá, guardo un consuelo...
un consuelo en que yacen confundidas
nuestras gotas de llanto; aquel pañuelo
que, el sonoro huracán, en sus tímidas
alas me trajo... ¡al remontar el vuelo!

Primavera

¡La campiña!
Sobre el césped del cortijo va la niña
tierna, rubia, frágil, blanca;
—bajo el brazo la muñeca
de cartón, rosada y hueca—
salta, corre, canta, grita,
y sus fúlgidos ojos copian toda
la pureza de la bóveda infinita.

Vedla: es ritmo
y es donaire;
sus desnudos pies se agitan y parece
que también tuviesen alas
¡como el aire!

Dulcemente el auro toca
el capullo de su boca
que es esencia y es frescura
y es panal, húmedo y tibio,
de miel pura.

Va contenta, relozona,
va de prisa;
y en sus labios aletea
como una ave, sobre el nido, la sonrisa.
Primavera en los jardines,
bosques, valles y barrancas,
echa rosas, rosas, rosas,
rosas blancas.

Una crencha rubia, miente
un celaje, sobre el campo de su frente;
frente casta,
perla enorme que en el oro de sus rizos
arcangélicos se engasta;
frente pura que humedece
el sudor, y que parece,
bajo el soplo sano y frío
de los céfiro-s, camelia
empapada de rocío.

Va la niña; tal vez sueña
con los hadas, y se cuenta
ella misma el cuentecillo
de la pobre Cencienta,
y sus gritos, melodiosos,
en las ráfagas deslíe
juguetona, parlachina,
mientras salta, corre y ríe.

Nace el siba; vibra el orto
sus espaldas de reflejos
y el espacio se sonrosa, y un gran vaho
de perfumes acres, llega
de muy lejos.

Primavera en los jardines,
bosques, valles y barrancas,
echa rosas, rosas, rosas,
rosas blancas.

En la calle

¿Ves esa vieja escuálida y horrible?
Pues óyete: aunque parezca imposible,
Fue la mujer más bella entre las bellas,
El clavel envidió sus labios rojos,
Y ante la luz de sus divinos ojos
Vacilaron el sol y las estrellas;
Y hoy.... ¿quién puede quereile? ¿quién un beso
Podrá darle con tímido embeleso?
—¡Yo!— me dijo un extraño que me oía—
¡Yo que por ella en la existencia luché,
Que soy feliz cuando su voz escucho....
Esa vieja.... es la hermosa madre mía!

Dulce veneno

Luégo me dijo: *Aun cuando mi alma anhelo
la virtud y odie la maldad y el vicio,
ya ves, mi triste corazón se duele
al contemplar el hondo precipicio
a donde el Hado sin cesar me impele.

Con mi carga de amor y desconsuelo
voy a un próximo fin, paso entre paso,
rueda mi llanto, hasta mojar el suelo,
y miro dulcemente hacia mi ocaso
al ver la muda impavidez del cielo.

¡Ah, si acortar pudiera la jornada!
¡Es tan dura y tan grande mi fatiga,
mi senda tan oscura y desolada,
que quisiera morir!... Hoy, nada, nada,
fuera de tí, mi desazón mitiga!

(Y yo te estoy matando!... ¡Oh, sí, mis besos
te envenenan!... ¡En largo peroxismo
quedas tras tus eróticos excesos;
cuando en mi boca están tus labios presos,
tu boca está en la boca de un abismo!)

Yo exclamé: «¿morir quieres? En el seno
tú, en mi cabeza, al expirar, coloca;
y después... si es verdad que es un veneno
de tu boca la miel, yo también peno,
¡mátame con la miel que hay en tu boca!»

¡Colgóse entonces de mi cuello, hermosa,
transfigurada y llena de ternura
puso en mi labio el suyo, hecho de rosa,
y en una tregua larga y silenciosa
lloramos de dolor... y de ventura!

Ave gris

¡De la pared la escala suspendida...
y al pie de la pared... tú y yo, mi vida!

En la triste y desierta
soledad de los ámbitos azules,
como una novia muerta,
la blanca luna entre nevados tules.

¡Silencio, ni un ruido,
mudo el viento en los árboles!

Tú, mustia y temblorosa,
como el pétalo casi desprendido
del cáliz de una rosa.

Después.... ¡las explosiones
del amor, tanto tiempo comprimido,
en nuestros anhelantes corazones!
¡El vértigo.... ¡Los éxtasis profundos....
debajo de la noche y de los mundos!

Luégo.... un ave que cruza
el aire, que nos mira y lanza un grito:
una enorme lechuza,
que se pierde en el lóbrego infinito.

Tú, que huyes asustada,
yo, que subo la escala y luégo.... ¡nad!

Hoy ha cambiado todo,
¡oh niña, y de qué modo!

El espantoso olvido,
como pájaro lúgubre e inquieto,
en la noche de tu alma se ha cernido.

¡Sabes que soy discreto
y que nunca hablaré de tu secreto!

¡Mas, no sabes, ignoras,
cuán amargas y tristes son mis horas!

¡No sabes que me río
y que me estoy muriendo, a pesar mío!

Mas no importa; que cante
de alegría tu nuevo y dulce amante.

De tu honor ostentando los tesoros
hoy por la senda de tu amado cruzas,
porque sabes muy bien.... que hablan los loros
¡pero no las lechuzas!

Astro del alma

En la ojera profunda,
fría y amoratada,
que de mi muerta madre idolatrada
el ya rígido párpado circunda,
la postrimera lágrima estancada
vive y la yerta cavidad inunda.

Y esa lágrima quieta
allí, sola y brillante,
como un vivo diamante
entre un cáliz marchito de violeta,
copia, como un espejo,
los confusos contornos de la alcoba
de la muerta, que duerme ante el reflejo
de un cirio, sobre un lecho de caoba.

Estoy solo.... con ella;
un deseo tenaz mi mente azota:
pongo mis labios en la gota aquella
y me bebo la gota.
¡Hoy.... esa gota en mi alma, es una estrella!

Un dignóstico

En el sucio rincón de una taberna
fría y desmantelada,
semejante a una lóbrega caverna,
Jorge, el más distinguido camarada,

una noche lluviosa nos decía

furioso, hecho una sopa:

«Tres meses há que a la adorada mía
le juré no tomarme ni una copa.

Ella, en cambio, postrándose de hinojos,
con un amor profuado,

juróme, por las niñas de sus ojos,

serme fiel y constante en este mundo.

¡Y esta noche, Dios mío, en qué apretura

me he visto y en qué peligro!

A esa mujer, a quien soñé tan pura,

la he encontrado besándose con otro!

Mas, no importa; vosotros, compañeros,

que sabéis que yo pago

la infamia, como pocos caballeros,

mi juramento cumpliré: ¡Ni un tragol!»

¡Y al decir esto, en su pestaña rubia,

brilló una gota clara,

una gota, que luégo fue una lluvia,

que rodó largo tiempo por su cara!

Y era verdad: en más de treinta días

no habíamos logrado,

en todas nuestras tristes alegrías,

hacer beber al noble enamorado.

Mas, de pronto, el buen Jorge irguióse altivo,

dióse un golpe en la frente

y exclamó, a su pesar: «¿Para qué vivo?

si ella mintió.... ¡salud! ¡dadme.... aguardiente!

La copa alzó, brindó por el dios Baco,
 lanzó una carejada...
y rodó por el suelo, como un saco,
rígido y mustio el joven camarada.

Grande fue la sorpresa.... En un momento
 estuvo en nuestros brazos;
al ver tal explosión de sentimiento
en aquel corazón, hecho pedazos.

«¡Un médico!» gritamos; por ventura
 un mé lico pasaba,
entró, tocó el pulso con premura
y en tanto que a su faz, intulas daba,

exclamó alegremente: «¡Esto no es cosa,
 nada!... ¡Pobre muchacho!
que le traigan café, mientras reposa,
y lo dejen dormir: ¡Está borrachol»

Verdad amarga

Yo no quisiera ver lo que he mirado
al través del cristal de la experiencia;
el mundo es un mercado en que se compran
honores, voluntades y conciencias.

Amigos, son mentiras; no hay amigos;
la amistad verdadera es ilusión;
todo cambia, se aleja, desaparece
con los giros que da la situación.

Amigos complacientes sólo tienen
los que disfrutan de ventura y calma;

pero aquellos que abate el infortunio
sólo tienen tristezas en el alma.

Si estamos bien nos tratan con amor,
nos buscan, nos invitan, nos saludan;
mas si caemos francamente,
sólo por cumplimiento nos saludan.

En este laberinto de la vida
donde tanto domina la maldad,
todo tiene un precio estipulado:
amor, parentesco y amistad.

Lo que brilla, no más tiene lugar
aunque brille por eso lo que es cobre;
lo que no perdonamos en la tierra
es el atroz delito de ser pobre.

Existe la amistad, yo no lo niego;
pero todo en conjunto defectuoso;
hay rasgos de virtud en el malvado
y rasgos de maldad en el virtuoso.

A nadie habrá de herir lo que aquí digo;
porque ceñido a la verdad estoy,
me dieron a beber hiel y veneno,
veneno y hiel en recompensa doy.

No sé si peco en las palabras toscas
de estas líneas oscuras y sin nombre;
doblando las rodillas en el polvo
pido perdón a Dios, jamás al hombre.

En el río Magdalena

A bordo del "Cordella"

Fulge del río el agua plañidera:
y un gran roble, decrepito y sombrío
que se está deshojando en la ribera,
mira rodar sus hojas en el río.

¡Qué importa al roble aquel que Flora vuelva!
No revertecerá... Seco y u solas,
aquei roñ—despojo de la selva—
reguná deshojándose en las olas!

¡Oh río, hermano mío! Ribereños
sonos de dos caudales que en su huida
emision: uno, llanto; el otro, leños!

Yo también, con el ánimo rendida,
mirado estoy el polvo de mis sueños
rodar sobre los tumbos de la vida.

Está prohibida la reproducción.